

tos de la voz de los habitantes de la zona, Aréchiga allega la información sobre el tema tanto de fuentes oficiales de los archivos locales como de fuentes literarias. El autor subraya que tanto unas como otras, así sean las reclamaciones de los vecinos, permiten confirmar esta leyenda negra. Sin embargo, en su propósito de hacer más compleja la mirada sobre Tepito, Aréchiga llama la atención sobre las limitaciones de unas y otras fuentes, barreras reiteradamente mencionadas para la investigación de la historia urbana y el estudio de los actores sociales que vivían en zonas marginadas de ciudades en rápido crecimiento espacial y poblacional. Coincido con Aréchiga en que las fuentes halladas en archivos oficiales tienen como limitante la motivación que las produce: los problemas generados. Por esta razón, no permiten ver más allá. No posibilitan una observación de la vida cotidiana ni de la otra cara de la moneda: la historia de la lucha diaria de sus habitantes por sobrevivir en medio

de condiciones adversas. Por su parte, la literatura muestra la imagen de los sectores letrados que, como los inspectores y los funcionarios administrativos, señalaban las prácticas de los sectores populares como la principal característica de la permanencia de problemas de salubridad, eludiendo en la mayor parte de los casos la responsabilidad de las autoridades. Además, la literatura de estos años todavía es una heredera fiel del romanticismo del siglo XIX y, por lo tanto, sigue deleitándose con la descripción de las “miserias humanas”.

Vale la pena destacar que la reconstrucción del proceso de urbanización de Tepito realizada por Aréchiga, se nutre del conocimiento del autor de la zona y de sus pobladores y de su ánimo de distanciarse de la “leyenda negra” sin caer tampoco en una idealización de la vida barrial. En la escritura de su libro, Aréchiga se da el gusto de “flanear” por Tepito a pesar de las dificultades de poner en práctica este acto estético en

las abarrotadas calles de Tepito, como lo dice el autor en las primeras páginas del libro. Digo “flanear” porque disfruta, tanto como disfrutamos los lectores, con el recorrido de las calles, mientras que paralelamente presenta problemas centrales para la historiografía urbana contemporánea.

Muchos esperamos leer pronto esa otra parte de esta historia que ha prometido Aréchiga y que cubrirá el proceso de urbanización desde 1930, un periodo que le permitirá enriquecer la revisión de fuentes documentales y la reflexión sobre las condiciones materiales del espacio urbano de Tepito, con las vivencias de sus pobladores que el autor ha conocido por cuenta propia. Dicha historia contemporánea de la zona podrá continuar enriqueciendo el conocimiento de la vida en Tepito, más allá de la leyenda negra. Seguramente, esta segunda parte —como el libro que hoy reseñamos— tendrá esa dosis de respeto, seriedad y sensatez de Aréchiga, valores necesarios para

La atmósfera cenetista

Margarita Carbó

Anna Monjo, *Militants. Democràcia i participació a la CNT als anys trenta*, Josep Fontana (pról.), Barcelona, Laertes. 2003.

En el marco del renovado interés de los historiadores por los

temas relativos, cercanos o vinculados al anarquismo, el libro de Anna Monjo, aparecido en octubre de 2003, es sin duda una valiosa aportación. Sus fuentes bibliográficas y hemerográficas son muy amplias, pero lo que constituye el cimiento en el que se sustenta el valor central de la investiga-

ción, es la impresionante cantidad de fuentes documentales a las que recurre. Son ellas las que hacen posible que la autora, a lo largo de ocho apretados capítulos, elabore una especie de radiografía minuciosa de la Confederación Nacional del Trabajo y de sus dinámicas de funcionamiento a lo largo de la

década de los años treinta, Ciudad de México, el comienzo de la dictadura de Miguel Primo de Rivera y hasta el final de la guerra civil española.

El capítulo I hace referencia a la historiografía, las fuentes y la metodología aplicadas a la investigación y tratamiento del tema, y el II a los antecedentes históricos del mismo a partir de 1907, año de conformación del grupo catalán Solidaridad Obrera, y de 1910, fecha en que dicho grupo se transforma en la central sindical CNT, para intentar abarcar todo el espacio geográfico y laboral del Estado español.

A partir del capítulo III comienza propiamente la descripción pormenorizada de las características de aquella confederación de irregulares alcances nacionales, pero emblemática en amplias regiones del país como Andalucía, Valencia y Aragón, y de manera especial y destacada en Cataluña, con su centro primordial de actividad en la ciudad de Barcelona; la descripción pormenorizada de su sistema interno de funcionamiento, desde los comités de fábrica y los grupos de barrio hasta el comité nacional, pasando por los comités locales y regionales, y de su vinculación mayor o menor con los principios y la ideología anarquistas. También, y pienso que en ello radica tal vez uno de los aspectos más atractivos del trabajo, el análisis, en el capítulo VII, de las características de quienes formaban parte de la Confederación en calidad de dirigentes, de militantes de primera fila, de militantes de segunda y de afiliados. Sus motivaciones, sus orígenes socioeconómicos, sus niveles de escolaridad y sus conductas ante los requerimientos de la organización, inclusive por lo que hace al pago de las cuotas sindicales.

Cómo se producía el fenómeno del acercamiento, de la llegada y de la afiliación, qué significaba ser afiliado o ser militante y cómo se accedía a la categoría de dirigente. Qué papel tenían los intelectuales, periodistas y propagandistas a los ojos de los demás. Cómo se veían a sí mismos todos ellos y cómo los ve la historiadora, quien plantea un tema que me parece de la máxima importancia, que es el de lo que ella llama “la atmósfera cenetista”.

Más allá del número fluctuante de afiliados y de su vinculación firme o laxa con sus comités de base, y más allá de las pugnas internas, crisis y toda suerte de coyunturas históricas, aquella central de trabajadores fue capaz de generar una cultura que, probablemente, tuvo su punto de partida y su sustento en los Ateneos Libertarios de los barrios obreros, en torno de los cuales mucha gente vivió, por primera vez en su vida, la posibilidad de acceder a la educación escolarizada, de aprender a leer y a escribir, de disponer de un libro y leer a Réclus y su geografía, a Ferrer y su pedagogía, *Abajo las armas*, *Las ruinas de Palmira* o la poesía suelta *Un duro al año*.

Gente semianalfabeta o analfabeta del todo, que se sintió dignificada con la visita de conferencistas que le hablaban de historia o de física, de puericultura o de la importancia de la difusión de una lengua universal, y a la cual reconfortaba el igualitario trato de “compañero” con el que se la reconocía.

El libro hace hincapié en este fenómeno y también en el papel de la prensa obrera como difusora de las noticias, de las ideas y también de las políticas de la organización, en relación con los avatares de la política-política, es decir, de los cambios de régimen, de gobier-

no y de enfoque oficial respecto al problema del trabajo.

Habla mucho también de las contradicciones entre el discurso y el funcionamiento real de la CNT, es decir, la democracia sindical, la igualdad de dirigentes, militantes y afiliados entre sí y la autoridad resolutoria de las asambleas como teoría, y una práctica en la que finalmente, los procedimientos resultaban poco apegados a ella. Sin embargo, los testimonios orales que se transcriben para apoyar esta aseveración, y que por cierto son una parte medular del texto al traer a él la voz de protagonistas con nombre y apellido, parece desmentirla casi sin excepción, porque ninguno de ellos se sintió nunca postergado ni marginado y al contrario, por lo general asumen que siempre se tomó en cuenta la opinión de quien quiso expresarla en reuniones y asambleas y que se respetó en ellas la decisión de la mayoría, y concuerdan en que aquellos que finalmente llevaron la voz cantante y terminaron imponiendo sus criterios y puntos de vista, lo hicieron en virtud de sus capacidades, de sus cualidades personales y del apoyo y el consenso de los demás.

En el último capítulo se estudia el comportamiento de la CNT durante la guerra de 1936-1939 y de la construcción revolucionaria en aquel contexto, todo ello con la apariencia de buscar la desmitificación del fenómeno, glorificado en la memoria de muchos de los que lo vivieron, de la movilización y la toma de las calles y parcialmente del poder, por los miembros de la Confederación. También explica los cambios necesarios en la estructura de la misma y su adaptación a las exigencias de la resistencia ante el avance de quie-

nes habían quebrantado el orden constitucional y, finalmente, su defensa de un régimen “burgués” al cual unieron su futuro y su destino: el gobierno de la Generalitat de Cataluña, con todo lo que ello conllevaba de abandono o de postergación de los postulados primigenios de apoliticismo a ultranza.

Finalmente, y no podía ser de otra manera, el libro concluye con un inciso titulado *El desencís de la militància*, el desencanto de la militancia. En él, Anna Monjo nos explica cómo la derrota repu-

blicana marcó el fin de la Confederación, no obstante los intentos de mantenerla viva tanto en el interior como en el exilio, y cómo con el paso del tiempo, se fueron acabando las fuerzas y las esperanzas.

Es una lástima, que entre las infinitas referencias y los infinitos datos particulares, al término de la lectura, la autora haya perdido la visión de conjunto y no haya captado, o tal vez no haya sabido de qué manera transmitir a sus lectores, ese clima, esa “atmósfera” a la que alude en el trabajo, pero a la que no da su dimensión real.

La atmósfera que hizo posible que la mayor parte de los miembros de la Confederación Nacional del Trabajo, se sintieran, en algún momento de su vida, capaces de cambiar el destino de la humanidad, capaces de alcanzar la utopía.

Un trabajo importante, que aporta una gran cantidad de datos y de reflexiones al conocimiento y a la comprensión del anarcosindicalismo en España y en un sentido más amplio, de los fenómenos obreros y sociales en el mundo contemporáneo.

Iconografía alcantarina

Javier Pizarro Gómez

Andrés Ordax S., *Arte e Iconografía de San Pedro de Alcántara*, Institución “Gran Duque de Alba”, Ávila, 2002, 455 pp. y 292 ilustraciones en blanco y negro y color.

Cuando el doctor Andrés Ordax publicaba en 1980 su trabajo “La ‘verdadera efigie’ de San Pedro de Alcántara” se iniciaba una singladura científica y personal que, inconclusa por la magnitud de la misma, el deseo de presentar los resultados de su constante investigación con motivo de las celebraciones del quinto centenario del nacimiento del santo extremeño y el interés que el tema despierta en el investigador, puede darse por finalizada en su etapa más importante con esta publicación.

Como bien dice el autor en la introducción a su obra, no se trata de un trabajo exclusivamente iconográfico, en cuanto que estudio que analizara las fuentes iconográficas del tema a investigar y las representaciones artísticas del mismo. Es bastante más que esto, pues se trata de una publicación en la que los aspectos y perfiles bibliográficos, históricos y religiosos de la figura del santo alcantarino ocupan un espacio relevante; el suficiente como para poder hacer seguidamente el análisis que se enuncia en el título del libro: “arte e iconografía”.

En el momento historiográfico actual en el que nos encontramos, en el que ya no hace falta justificar la necesidad e importancia de los estudios iconográficos e iconológicos, los trabajos que en este horizonte se están publicando re-

flejan la madurez alcanzada por la ciencia iconográfica merced al rigor derivado de la aplicación de una metodología científica consolidada. Estas virtudes adornan el trabajo del doctor Andrés Ordax en los capítulos en los que se ocupa de la iconografía alcantarina, pues no en balde es, en buena medida, responsable de la concreción de un método científico riguroso para los estudios iconográficos en la historiografía artística española. Sus trabajos sobre san Pedro de Alcántara, pero también los dedicados a la Virgen de Guadalupe, san Pedro Regalado, santa Teresa de Jesús, así como los aplicados a diferentes manifestaciones del arte profano del siglo XVI, han contribuido eficazmente a la definición de una línea de investigación que, primeramente en la Universidad de Extremadura y después en las de